El emblema de fuego

Aris Am Yulghavad

Image not found.

Capítulo 1

PROLOGO

Corría el vigésimo cuarto día desde que el rey Marthon Akannis y todas sus huestes marcharan a la guerra. Por primera vez, luego de la última escaramuza el rey vio un atisbo de victoria. Había logrado aprovechar el terreno llano pudiendo así irrumpir con fuerza contra los aliados rebeldes. No obstante, el ataque le costó bajas, pero no más que las del enemigo. Marthon pretendía continuar con el ataque a lo largo de la jornada, sabía que el enemigo se hundía en el pozo de la derrota y esperar solo sería demorar la victoria. Luego de la batalla el ejército rebelde huyó con la intención de agruparse de nuevo. Durante esa mañana el rey Marthon y su ejército siguieron la pista de los enemigos.

El sol resplandecía ya en el mediodía cuando los rebeldes se atrincheraron en un escarpado risco. El rey supo de primer instante que la posición enemiga les proporcionaba ventaja, atacarles sería muy importuno.

Ordeno establecer el campamento. Les llevo media tarde alzar cada una de las tiendas. La más difícil de montar fue la del rey, hasta diez soldados trabajaron para levantarla. La tienda real era la más grande y la que se situaba en el centro del campamento como Marthon Akannis quería.

-Alteza, nuestro número de bajas es de cincuenta y siete soldados muertos –explicó Sir Ghotir Stally, capitán del ejército akanniense-. Por otro lado, el número de heridos roza los trescientos hombres.

El rey Marthon frunció el ceño y clavo su mirada en cada uno de los caballeros que se encontraban en la tienda real. Por unos instantes no dijo nada.

-¡el tiempo nos apremia señores! –reprochó-. Cada minuto que pasa, es un minuto que les damos a esos malnacidos para fortalecerse y ya llevamos perdiendo muchos minutos. La victoria camina de nuestro lado desde que partimos de Athalay, solo debemos alcanzarla, y cuanto antes mejor.

El rey percibió que las siguientes horas serian vitales. Por primera vez el ejército enemigo asentó su campamento militar. Parecía que querían jugar su última carta.

-Nuestros hombres necesitan recobrar fuerzas –instó un caballero alto de voz suave como la brisa de verano-. No solo debéis pensar en vos y vuestros fines, alteza. Recordad que ellos son quien llevan a cabo vuestras

ordenes, dejadlos descasar –por un momento el caballero se sonrojó, aunque su barba y sus largos bigotes negros lo ocultaban-. Llevamos los últimos tres días de aquí para allá sin saber cuándo ni dónde libraremos una nueva batalla.

Por un momento las palabras del caballero resonaron una y otra vez en la cabeza del rey. Lo hicieron pensar en el motivo por el cual luchaba. Pensó entonces en sus seres queridos, en sus tres hijos que tanto amaba y en que los había dejado en Athalay. Ehon Akannis, su primogénito quiso marchar con él a la guerra, pero el rey no se lo consintió. Le dijo que debía cuidar de sus hermanas y su madre y actuar como rey en su ausencia.

-Comprendo –dijo con tono bajo el rey-. Sé que os he pedido mucho a cada uno de vosotros desde que partimos de Athalay, y no me avergüenzo de vuestra respuesta…

-¡Mi señor, estamos aquí para servirle! –interrumpió con fuerza Sir Ghotir.

-Sabemos que el destino de todo el continente está en juego –añadió un caballero bajo y de complexión ancha-. Mi señor, aun contáis con amigos. El rey Egothat os es leal. Enviad emisarios, seguro que apoya vuestra causa.

«Estamos solos –pensó el rey.» sin convertir su introspección en palabras. Como gobernador de todo el continente debía preservar la paz de los reinos, aun cuando uno de ellos se levantó en armas en contra de él. Marthon jamás pensó que sus propios vecinos podían conspirar contra el trono.

-Ya hemos enviado emisarios a cada uno de los reinos del continente –dijo Sir Ghotir Stally mientras jugueteaba con su larga perilla-. Desde entonces han pasado catorce días y de momento ninguno ha acudido a la llamada ¿Qué creéis que sucederá si enviamos emisarios a Isla Corazón? Todos sabemos que el rey Egothat podría tardar meses en llegar. Usad vuestra cabecita antes de decir estupideces.

El capitán apretó los labios y susurro maldiciendo las palabras del hombre. Ghotir siempre era duro con los jóvenes caballeros. Él tenía casi sesenta años, estaba curtido de muchas batallas y detestaba que los jóvenes banderizos del rey fueran de listillos.

-Ghotir tiene razón –dijo el quinto y último caballero que es encontraba en la tienda-. Estamos solos en esta batalla compañero.

El rey Marthon ya sabía que estaban solos, pero no lo dijo. Desde que partieron pocas veces había hablado. Tan solo lo hizo para estudiar

estrategias y dar órdenes. Aun no había dicho el motivo por el cual luchaban, pero la verdad es que ni el mismo lo sabía. Todo pasó tan rápido. De la noche a la mañana el reino vecino de Morfei reclamó el trono amenazando de guerra si el rey Marthon no se rendía.

-Sí, puede que estemos solos –dijo el rey, tragando saliva-. Que lo estamos. Y no maldigo a Isifi´a ni a ningún otro dios de estarlo. Todo lo contrario, le pido fuerzas para que nuestras espadas sean más certeras que las de nuestros enemigos.

-Isifi´a sabe que nuestra causa es noble y verdadera –añadió el caballero de voz suave.

El rey bajo la mirada hacia el mapa que posaba encima de una mesa de madera. Durante un tiempo clavo sus ojos en él. Tras el rey, los caballeros también bajaron su mirada hacia el mapa. Sobre él había figuras apiñadas en dos grupos, cada conjunto de piezas representaba un ejército. Con la mano izquierda el rey deslizo el grupo de piezas enemigas, representando la última huida de los rebeldes y su posterior reagrupamiento en el risco. Los cuatro caballeros no quitaron ojo a los movimientos de Marthon.

-Saben que atacándoles ahí no podremos utilizar nuestra caballería –gruñó el rey-. Que es nuestro punto fuerte.

-Desde luego, mi señor. Sería una estupidez intentarlo –afirmó Ghotir que seguía jugueteando con su larga perilla-. Las condiciones del terreno no son favorables para montar a caballo. ¡Debemos sacarlos de ahí como sea!

Se decía que un akanniense siempre marchaba a la guerra a lomos de su caballo, hombre y bestia se convertían en uno solo a la hora de atacar. De ahí que el caballo sea el emblema de la casa del rey. Desde los antepasados de las primeras edades de los hombres los Akannis siempre adoraron a esta criatura. Muchos escritos de la segunda edad decían que el caballo era la herramienta más perfecta que tenían, servía para la batalla y como instrumento de trabajo.

Marthon ajeno a los comentarios de Ghotir volvió clavar sus ojos en el mapa.

-Claro. Ese fue su plan desde el principio ¡Oh dios! –se lamentó el rey al tiempo que volvió su mirada a cada uno de los caballeros-. ¿No os dais de cuenta?

-Que insinuáis –dijo sorprendido el quinto caballero.

-La respuesta es fácil. Decidme, desde que partimos de Athalay ¿Cuántas escaramuzas tuvimos con los rebeldes? No creo recordar… ¿Cuatro? ¿Cinco? –paró un instante y esbozo una pequeña sonrisa-. Nunca tuvimos una batalla abierta con los traidores, solo escaramuzas. De las que los rebeldes huían y nosotros como un lobo hambriento no paramos de correr detrás de ellos –se detuvo de nuevo, miró a cada uno de los hombres de la tienda buscando una respuesta-. No me jodas, aún ¿No os dais de cuenta? ¡Oh dios! Pues el caso, es que al final ellos nos cazan en este risco como una araña atrapa a una mosca en su telaraña, anulando nuestro punto fuerte, los jinetes.

Los caballeros se dieron de cuenta de la trampa que habían sufrido. Sir Ghotir Stally no pudo ocultar su sorpresa, dejó de juguetear con su larga perilla y golpeó con brusquedad la mesa.

-¡Malditos los dioses! Y ¡Malditos los morfeos traidores! –gritó Ghotir.

El joven caballero de complexión ancha hizo el amago de hablar pero no consiguió decir nada por miedo a que el capitán lo volviese humillar. Los demás también se sintieron como él, las palabras se les atascaban en la boca y no salían.

-No tenemos elección –rompió el silencio que había durado casi un minuto Ghotir-. No podemos quedarnos aquí de brazos cruzados esperando a que esas ratas se bajen de su alturita –tomó una bocanada de aire, suspiro con fuerza y finalizo-. ¡Debemos atacar!

Todos sabían que esa era la única opción, ya que los rebeldes no abandonarían su ventajosa posición. De nuevo con la mano izquierda el rey deslizó el grupo de piezas que había sobre el mapa, esta vez movió las que representaban a su ejército. Con cautela las acerco al otro conjunto de piezas. Los caballeros de la tienda interpretaron aquel movimiento y se mantuvieron en silencio. Solo significaba una cosa, ¡guerra!

-Así pues, disfruten de esta noche ya que mañana… -dijo el rey cuando fue interrumpido por el fuerte sonido de una campana. Marthon miró a Ghotir con asombro, no comprendía el motivo de las campanadas, y solo sonaban por una única razón. En señal de alarma ante un ataque enemigo.

Sería lo más imprudente si se trataba de un ataque morfeo, abandonando el risco que les daba ventaja. Sin decir palabra el rey salió de la tienda real y tras él los cuatro caballeros. En el campamento los soldados corrían de aquí para allá, se escuchaban gritos de todas partes de soldados y mujeres. De fondo las campanadas no cesaban. En medio de aquel caos un soldado se apresuró en dirección al rey.

-Mi señor, un ejército de Montellano llega por el este –dijo el soldado con el rostro congestionado-. No hay duda, en sus blasones se aprecia el águila, emblema del rey.

El rey Marthon Akannis se estremeció, pero no pudo ocultar su alegría. El reino de Montellano acudió a la llamada del rey. Ghotir y los demás también estallaron de alegría. Después de los veinticuatro días de lucha, Marthon pensó en el final de la guerra. Con las fuerzas aliadas atacar a los rebeldes seria cosa de niños. El rey sintió como el atisbo de victoria aumentaba.

-Bendita Isifi´a, que escucho nuestras plegarias- dijo Ghotir entre el júbilo de los soldados de todo el campamento.

En silencio Marthon también dio gracias a la diosa Isifi´a por el presente. Pronto volvería a casa, la guerra llegaba a su fin.

Entre las celebraciones de los soldados el amargo sonido de la campana no cesaba. Marthon frunció los labios ¿Por qué seguían sonando? El rey con la mirada perdida comenzó a andar. Ghotir y los demás siguieron su estela con paso ligero.

Recorrió con premura todo el campamento llegando a su límite. Se había dirigido al este del refugio. El sonido de las campanadas murió en el cielo ahuyentando a una bandada de pájaros. El rey divisó en la lejanía el ejército de Montellano, que permanecía inmóvil. No dijo palabra, tan solo miraba hacia la lejanía al igual que Ghotir y los otros caballeros.

-¿Por qué no avanzan? –se preguntaba Ghotir-. A que esperan.

Marthon no había dicho nada desde que salieron de la tienda real. Pasivo, como un espectro no apartaba la mirada de la multitud de la lejanía. De golpe, cerró los ojos y lo vio todo más claro. Comprendió lo que estaba ocurriendo.

-¡Oh dios! –susurró al tiempo que volvía abrir los ojos-. No puede ser.

El júbilo de los soldados se desvanecía. De nuevo las campanadas volvieron a resonar en el cielo. Los guerreros también descubrieron lo que sucedía. Al sonido amargo de la campana, el rey contemplo atónito como el ejército de Montellano movilizaba sus catapultas. Marthon no daba crédito. Paralizado, observó cómo cientos de piedras sobrevolaban el cielo e impactaban contra su ejército.

-¡Oh, dios! No puede ser… –repitió de nuevo.

Entre los lamentos de los soldados el atisbo de victoria que había sentido el rey se eclipsó.

Capítulo 2

EHON

I

Athalay se elevaba a los pies del monte Munihal. La ciudad fascinaba a cualquiera, incluso Ehon se maravillaba todos los días al contemplarla. Había torres de piedra por doquier, casas y establos. Un gigantesco muro rodeaba toda la urbe como mediada de protección. Justo en el centro de Athalay, enfrente de la plaza principal estaba el castillo real, que conectaba con un enorme torreón de piedra. El joven primogénito del rey conocía cada parte de la capital, sabia de lugares secretos que muchos jamás encontrarían. Zonas antiguas como la torre Duodrago, ahora en ruinas, pero en sus tiempos según le había dicho el maestre Malledos fue la biblioteca.

Ehon pocas veces había salido de Athalay. De pequeño su padre le dijo que visitaran el reino de Talys, sin embargo el joven no se acordaba de ese viaje ni de la ciudad, ni siquiera del mar, ya que tuvieron que ir en barco hasta Isla Corazón.

El día había amanecido gris en Athalay. Se estaba acabando el invierno pero el tiempo no cambiaba. Hacía semanas que no salía el sol en la ciudad. Ehon se levantó con las primeras luces. Había dormido mal esa noche, al igual que las últimas veintitrés. El príncipe tenía diecinueve años, de piel blanca, flaco y alto. El cabello castaño y ondulado le llegaba a la nuca, sus ojos también eran castaños y en ellos se distinguía una mirada sincera. Ahora mismo su rostro estaba cargado de preocupación, se le notaba la falta de sueño.

Como cada amanecer se dirigió a la torre del maestre Malledos, que conectaba con el castillo real a través de un puente de madera. A Ehon no le gustaba estar allí, la torre se presentaba fría y lúgubre, apenas tenía ventanas. Además en sus tres estancias había todo tipo de trastos que el maestre y anteriores maestres a Malledos habían almacenado a lo largo del tiempo. La planta baja estaba repleta de artilugios, casi era imposible entrar en la estancia, el primer piso ya no tenía tantos. La segunda planta, la que comunicaba con el palacio tenía tres grandes armarios cerrados con llave y estanterías con toda clase de libros que Malledos guardaba. La estancia comunicaba con otra sala, pero Ehon nunca estuvo en ella, de pequeño se imaginaba que podía esconder. Siempre pensó que el maestre ocultaba allí algo peligroso, ahora sabía que solo eran sus aposentos.

-No, mi señor –dijo el maestre cuando vio entrar al príncipe-. No hay

noticias de vuestro padre, no han llegado ni cuervos ni emisarios.

Malledos ya sabía lo que el príncipe le iba a preguntar, por eso tan pronto lo vio le contesto. Desde que su padre Marthon partió a la guerra todas las mañanas lo visitaba por si llegara alguna noticia.

-¡No puede ser! ya han pasado más de dos semanas desde que recibimos la última noticia.

-Os aseguro que si me llegara alguna noticia seríais el primero en saberlo –dijo Malledos mientras colocaba un libro viejo en una de las estanterías-. No os preocupéis por vuestro padre, es un hombre fuerte.

-¿Qué no me preocupe? –replicó Ehon con furia-. Mi padre podría haber perdido la guerra y me dices que no me preocupe. Por favor Malledos…

El príncipe se contuvo por unos instantes porque enfrente de él estaba su mentor y no otra persona. El joven a pesar de todo sentía aprecio por el viejo Malledos, lo había educado desde que nació y no era para menos.

-Eso mismo os digo, no os preocupéis –insistió el mentor ante la mirada confusa de Ehon-. Si lo que os preocupa es saber si vuestro padre perdió la guerra, puedo deciros que no. Si la hubiese perdido lo sabríamos, creedme.

Sabía que el maestre tenía toda la razón, siempre la tenía. Ehon cerró los ojos y suspiro. Volvió abrirlos y se acercó al viejo hombre que estaba colocando unos libros pesados en las estanterías. El príncipe cogió uno de la mesa y se lo entrego.

-gracias, mi señor –dijo el maestre al tiempo que le regalo una sonrisa.

Pocas veces le había visto sonreír, y esta vez Ehon se fijó que si lo hacia las arrugas de la mejilla se le notaban más. El maestre Malledos era un hombre de sesenta y dos años que se conservaba bien a pesar de la edad. Pequeño y algo gordo desde el punto de vista del príncipe, en su rostro se veía los muchos años de servidumbre. Tenía ojeras, muchas arrugas y ojos perspicaces que lo veían todo. De su barba blanca y descuidada colgaban cinco pequeños anillos de oro, los Lonshas´bal.

-Oh, mirad, mi señor –dijo Malledos asombrado a causa de un libro que sostenía en las manos-. Un ejemplar del mismísimo maestre Milcein, creía haberlo perdido.

Ehon desvió su mirada hacia una de las pocas ventanas que había en la estancia. No presto atención al libro. El mentor lleno de satisfacción

echó un vistazo a las primeras hojas.

-Se lo duro que es esto para vos –dijo Malledos colocando el ejemplar-. Estar aquí de brazos cruzados, sin poder hacer nada, de verdad que lo sé.

El príncipe perplejo no dijo nada durante unos segundos.

-No hay nada que podamos hacer –dijo mientras volvía su mirada hacia el maestre.

-Lo único que podemos hacer es rezar a Isifi´a porque mantenga a salvo a nuestro rey y a nuestros soldados –contestó Malledos con tono suave-. Nada más, mi señor. La guerra es cruel, no solo para los que luchan sino también para los que esperamos por nuestros seres queridos.

De nuevo el príncipe supo que tenía la razón. El maestre se volvió y comenzó a andar. Dirigió sus pasos hacia una mesa de madera que se encontraba en el centro de la sala. De un cajón cogió una llave de hierro que luego utilizo para abrir uno de los armarios. Dentro había un sinfín de pequeños frascos y tarros. Todo lo repugnante que te podías imaginar se almacenaba en los recipientes del armario. Ehon puso mala cara al observar un tarro lleno con ojos de reptiles. Nunca le gusto lo que el maestre guardaba en esos armarios.

Malledos comenzó a buscar algo entre el montón de tarros y frascos.

-¿Cómo está la reina? –pregunto el mentor cuando estiro su brazo y se apodero de un frasco.

-Aún no ha salido de su cuarto desde que se marchó mi padre –dijo Ehon sacudiendo la cabeza, obstinado-. Pasa los días sentada cara la ventana, apenas come y duerme según dicen las criadas. Yo… yo hace días que no la visito, me puede el desánimo.

-Melissia nació en una época de paz –replicó el maestre-. No está acostumbrada a esta situación. Tomad, mi señor –dijo al tiempo que le entregaba el frasco-. Echadle seis gotas de este brebaje en la leche de todas las noches. Que este caliente y si es con miel mejor.

El maestre cerró el armario con la llave y la guardo en el cajón de donde la había sacado anteriormente. Ehon miraba confuso el frasco.

-La última vez que vi a vuestra madre estaba en los huesos, ha perdido el color y el cabello lo tiene muy descuidado –añadió el mentor acercándose lentamente al príncipe-. Cada día que pasa se pone más débil. Mi señor, no es momento para que el desánimo os someta, sois el heredero del rey

y debéis actuar como tal.

Ehon no dijo nada, sabía que las palabras del mentor siempre decían la verdad.

-Acompañadme –dijo Malledos mientras posaba su mano en el hombro del príncipe-. No me acordaba que hoy tenía que ir a la biblioteca.

El joven se adelantó atravesando la puerta con rapidez.

-Lo siento Malledos me habría gustado acompañarte, pero otros asuntos me reclaman.

Ehon dirigió sus pasos hacia la escalera de caracol que bajaba hacia la ciudad. Mientras, el maestre cerró la puerta de la torre con llave.

-Mi señor, acordaros que son seis gotas –gritó-. No os olvidéis. Ya veréis como se sentirá mucho mejor.

Ehon descendió con rapidez dejando atrás al viejo Malledos que cruzaba el puente en dirección al palacio real. Se estremeció a causa del frio, el viento soplaba del este con fuerza a pesar de que la mañana ya casi había transcurrido. A medida que andaba de cuando en cuando se frotaba las manos.

El príncipe llegó a las cuadras reales. Establos donde guardaba su bestiario el rey. Antes de que su padre marchara a la guerra había infinidad de caballos, todos muy bien cuidados. Sanos y fuertes. Ahora solo quedaban tres, el de Ehon y las dos yeguas de sus hermanas. El príncipe se acercó a su corcel, alto y fuerte como si se tratase de un león. El caballo inclinó la cabeza hacia el suelo y Ehon se la acaricio suavemente. Le peino la crines y la bestia relinchó de satisfacción. Se lo había regalado su padre a los ocho años. De aquellas solo era un potrillo, que creció junto al príncipe hasta el día de hoy. Tan pronto como lo vio le llamo Sombra por su pelaje oscuro como la noche.

El príncipe se montó en la bestia, agarró las riendas y ordenó cabalgar al caballo. Atravesó la ciudad y luego las grandes puertas del muro. Con un galope vertiginoso dejo atrás Athalay. Le encantaba cabalgar con rapidez y que el aire impactase contra él cortándolo.

El sol ya brillaba justo encima de su cabeza cuando se detuvo en un alto del monte Munihal. Todo estaba a sus pies. Durante unos minutos se paró a contemplar la belleza del paisaje. A muchas leguas de la elevación Athalay se distinguía al este. Al norte divisó las tierras altas. Montañas y cordilleras que se perdían en el azul de la lejanía. Eran las

tierras de Morfei, donde su padre libraba la batalla por el continente.

El príncipe bajó la mirada hacia Sombra acariciándole el cuello con su mano derecha.

-As galopado bien –se dijo.

Sombra era de los caballos más veloces de todo el continente. Eso le había dicho siempre su padre. Provenía de las tierras de Cornelia, al sur. El príncipe había leído de pequeño en un libro de la biblioteca que los caballos más veloces procedían de allí.

Tomó las riendas, bajó por un desnivel y galopó con velocidad por un paso abrupto y árido. Otra vez más a sus espaldas dejaba Athalay como una sombra que poco a poco se desvanecía en la lejanía.

Capítulo 3

ALISSE

I

Alisse Akannis no había pegado ojo esa noche, las pesadillas y su malestar no la dejaron reposar con tranquilidad. Mientras descansaba en su cama oyó las campanadas del sagrifio anunciando la llegada del día a la vez que avisaba a los sacerdotes para acudir a sus rezos diarios. La princesa se puso un vestido de seda azul, los colores de la casa Akannis, luego se cubrió con una capa gris de piel y calzó unas botas de cuero que le llegaban a las rodillas. Arregló sus largos y oscuros cabellos con un cepillo y lo recogió hacia atrás con una diadema de piedras preciosas, los zafiros le hacían juego con el vestido. Normalmente se engalanaba con mejores vestidos y accesorios, pero desde que estalló la guerra parecía haberse olvidado de su apariencia. Alisse tenía veinte tres años. Era alta, de rasgos afilados, piel frágil y suave, ojos hermosos a pesar de ser negros y labios finos. Su pelo liso le llegaba casi a la cintura. Desde muy pequeña siempre la guardó la belleza, decían que no existía mujer más guapa en todo el continente. En ella se podía contemplar el vivo retrato de su padre Marthon.

La princesa se acercó a la ventana de la habitación y por unos instantes dormitó apoyada en el alfeizar. Resopló y dio varios pisotones, el viento gélido que soplaba del norte le había calado los huesos durante el corto tiempo en el que se había vestido. Se frotó las mejillas heladas con las manos y contempló como amanecían las gentes de Athalay. Un grupo numeroso de hombretones preparaban sus mulas y carromatos, debían partir con las primeras luces del día. Se les conocía como las caravanas de leñeros, personas encargadas de traer todos los días leña para la ciudad. La princesa admiraba la importancia de su misión, sin la leña no hay fuego y sin fuego no hay luz ni forma de calentarse por las noches.

Desde lo alto divisó como la caravana de leñeros abandonaba la ciudad y como poco a poco se perdían en la lejanía. La princesa resopló de nuevo, se volvió y encaminó sus elegantes pasos hacia la puerta de su habitación.

Se dirigió a la alcoba de su hermana. La pequeña Lissia Akannis cubierta de pieles y mantas aun dormía. Alisse la observo minuciosamente. No pudo evitar sonreír cuando su hermana se estremeció, los numerosos cobertores que la cubrían no eran lo bastante cálidos para soportar la gélida brisa que se colaba entre las rendijas de la pared. Se arrimó a la pequeña con cautela para no despertarla y la arropó. Luego le peinó el flequillo y le acaricio las mejillas. La princesa se emocionó al verla, las lágrimas se le acumulaban tras los parpados y el

vello se le había erizado. Tomó una bocanada de aire y abandono la habitación.

El pasillo estaba silencioso y desierto. De fondo el sonido de las gentes de la ciudad entraba por las ventanas abiertas a su espalda. Alisse no tenía el menor deseo de escuchar aquello. Secó las lágrimas antes de que se deslizasen por su rostro y se acercó a la habitación de su hermano Ehon. La puerta entreabierta hizo pensar a la princesa que el joven no se encontraba en su alcoba. Estaba en lo cierto, cuando se asomó a la entrada comprobó que en la estancia no había nadie. Alisse se había acercado a la habitación todas las mañanas desde que comenzó la guerra y su hermano nunca estaba allí.

Dio la vuelta y se alejó al tiempo que las campanadas del sagrifio resonaban en el cielo una vez más. Mientras trataba de alejarse observó por una de las ventanas del pasillo un soldado que hacia guardia en una torre. Parecía aburrido y desdeñado, sin duda la princesa cambiaria su papel por el del guerrero en esos momentos.

El viento que se colaba en el pasillo azotó a la princesa. Se acercaba a la habitación de su madre cuando subió el cuello de la capa hasta la barbilla. La alcoba de la reina era la más cálida de todo el castillo, tenía dos chimeneas a diferencia de las demás habitaciones. Estar allí dentro le había proporcionado siempre un agrado especial, sin embargo ahora no deseaba cruzar la puerta.

Contuvo sus deseos y entró en la estancia. El fuego de las chimeneas estaba dormido, pero la sala no había perdido el calor, las gruesas paredes de la habitación lo guardaban. Al fondo de la estancia Melissia reposaba su cuerpo sobre una vieja silla de madera, inmóvil, no desviaba su mirada de la lejanía que se podía alcanzar con la vista desde la ventana.

Alisse se impresionó de su delgadez y del color pálido de su cara. No daba crédito a lo que estaba viendo, no la recordaba así, y no quería verla en esas condiciones. Melissia llevaba días sin comer bien, las criadas la alimentaban con caldos de verduras y leche caliente con miel. Todo lo demás lo rechazaba. Desde que su esposo el rey marchó a la guerra se había convertido en otra persona, no salía de su habitación para nada, ni siquiera se despidió de Marthon. Ese día las fuerzas le fallaron y solo pudo contemplar desde su habitación como el rey se alejaba dejándola atrás.

Con mucho cuidado la princesa se aproximó a su madre, cogió un cepillo y le peino los descuidados cabellos que parecían de una campesina y no los de una reina.

-Madre… -dijo con voz temblorosa-. Te acuerdas cuando era tan solo una

niñita, pequeña y regordeta, que no paraba de reír y cantar ¿te acuerdas?

Melissia no quitaba ojo de la lejanía, pasiva como un espectro no se inmutó con las palabras de su hija.

-Creo que si lo recuerdas. Qué tiempos aquellos –Alisse continuaba cepillándole el pelo-. Recuerdas cuando la nodriza me castigó por alborotar sus clases de coser. Ese día, padre marchaba a la caza del jabalironte real con sus banderizos más importantes, y me había prometido que me llevaría con él. Pero tú te negaste rotundamente. ¡Oh dios! no me olvido de la bronca que le echaste a padre por prometerme esas cosas. Yo, toda enfadada fui a clases de coser y me las pague con la nodriza, que me castigó, pero me dio un arrebato y me escapé –Alis se detuvo para ver si la reina decía algo, pero Melissia seguía con la mirada perdida-. Pues, tú te pusiste toda histérica, no sé si te acuerdas. Movilizaste a cada soldado de Athalay en mi busca. Aún recuerdo tus gritos y eso que estaba al otro lado del muro. Durante toda la tarde escape por el monte Munihal. Nunca me había sentido tan libre como aquella tarde, la verdad. Entonces tratando de huir me resbale por un desnivel. Pensé morirme, y lo desee cuando me di cuenta que cayera en un montón de mierda de animal ¡Dioses, que mal olía aquel lugar!

Alisse dejó de cepillarle el pelo y se acercó a una estantería donde cogió perfumes aromáticos. Abrió un frasco y lo derramó por el cabello de la reina. El aroma a rosas y a jazmín flotó en el aire de la estancia.

-Que mal olía ese sitio, me vienen arcadas con solo pensar en ello –continuo la princesa luego de una pausa-. Fue entonces cuando me atraparon y me llevaron ante ti. No me gritaste, tan solo te reíste y te burlaste de mí, me dijiste que me lo merecía por haberme escapado. Aquello me sentó mucho peor que una buena bronca, fuiste muy mala riéndote de mis males.

La princesa esbozó una sonrisa recordado aquella aparatosa situación del pasado.

-Pero a pesar de todo y de lo mal que olía, que era demasiado, tú, sin el más mínimo desagrado me bañaste y me limpiaste, no lo hizo una de tus criadas, sino tú. Me cepillaste el cabello y luego lo perfumaste al tiempo que me cantabas una canción. Durante ese tiempo me sentí como una reina, cada acaricia que me diste por el cuerpo con esas manos llenas de aceites aromáticos… cada… cada masaje o cada achuchón durante el baño… cada verso recitado –la princesa se detuvo y bajo la vista hacia Melissia, suspiró con fuerza y continuo-. Creo que algunos momentos deberían de ser eternos.

Alisse se fijó en que su madre estaba derramando una lágrima, se le deslizaba lentamente por sus pálidas mejillas. La historia la había

conmovido y la hizo reaccionar. Melissia, sin perder de vista la lejanía comenzó a cantar la canción que aquel día le había recitado a su hija. La voz se le atascaba de la emoción. Entre los canticos y el aroma a rosas y jazmín de los perfumes la princesa terminó de cepillarle el pelo.

-Sí, sí. Esa fue la canción que me cantaste aquel día mientras me bañabas.

La princesa se agachó a su lado y le secó las lágrimas. Durante unos instantes solo la observo sin decir nada. Parecía más vieja de lo normal, como si hubiesen pasado años y no días desde que el rey Marthon partió a la guerra contra los rebeldes.

-Madre, por favor. Mírate –dijo Alisse rompiendo el silencio-. Por favor, vuelve ser la que un día fuiste. Puede que no lo parezca pero yo también tengo miedo, y mucho. No puedo afrontar esto yo sola, no puedo, créeme –Alis alzó la vista hacia ella-. Por favor madre, necesito que vuelvas a ser la de antes, y no solo yo, todos lo necesitamos. Ehon está perdido, apenas se le ve por el castillo, hace días que no hablo con él y no sé si está bien o si le ocurre algo. ¡No sé nada! Por otro lado Lissia me pregunta a cada poco por ti, tiene miedo, mucho miedo. Se siente sola, hay noches en las que se mete en mi cama y tengo que abrazarla fuerte para que pueda dormir…

-Cállate, cállate –interrumpió la reina con tono bajo mientras tapaba sus orejas con las manos-. ¡Cállate, por favor!

La princesa se levantó de un salto, sacudió la cabeza de un lado para otro sin entender porque la mandaba callar.

-¡Madre, por dios! –gritó-. No te das cuenta de lo importante que seria que te levantases de esa silla y volvieras a ser la de antes.

-Cállate, cállate –repetía para sí.

-¿Quieres que no te eche las culpas a todos los males? Es eso ¿Verdad? –replicó Alis.

La reina cerró los ojos con fuerza y asintió.

-Madre, madre –dijo agachándose de nuevo a su lado-. Sé lo difícil que es para ti, lo sé. Pero eres la reina y no puedes venirte abajo, Athalay te necesita, mis hermanos te necesitan. Madre, yo también te necesito.

Alisse extendió sus brazos y la abrazó por la cintura reposando su cabeza en el regazo de la reina. Quería llorar, pero no debía. Tenía que ser fuerte y más delante de su madre. Melissia iba a hablar cuando sonó, estrepitoso e inesperado, un golpe en la puerta. La reina no prestó el más

mínimo interés, en cambio Alisse se levantó del regazo de su madre con el ceño fruncido.

-¿Qué pasa?

Una voz familiar les llego del otro lado.

-Mi señora, soy yo, el maestre Malledos.

-Ah vale, pasad.

El viejo mentor entró en la habitación. A Alisse le extraño su inesperada visita.

-Bien, contadme ¿Qué sucede? –pregunto la princesa.

El maestre espero a que la puerta se cerrara tras él para empezar a hablar.

-Mi señora –dijo-. Disculpad que os moleste a estas horas, pero el asunto que me trae ante vos es de mucha importancia. Acaba de llegar un emisario del norte.

-¿Qué ha llegado un emisario? –Alis lo miró irritada-. ¿Cuándo? ¿Cuál era su mensaje?

-Llego a caballo hace unos momentos, tan pronto como pude me vine corriendo a contárselo a la reina.

-Mi madre se encuentra indispuesta en este momento –dijo Alisse apoyándole una mano en el hombro a la reina, que estaba ausente de la conversación-. Pero Malledos, contádmelo a mí ¿Qué es lo que te dijo ese jinete del norte? ¿Son noticias de mi padre?

-Veras, mi señora –dijo el maestre-. No es un mensaje de vuestro señor padre, pero ojala lo fuese. Lo que el jinete me contó será decisivo para el futuro de todo el continente de Enzebrult.

-¿Qué? –se interesó la princesa sintiendo en las entrañas los aguijonazos del miedo-. ¿Cómo que decisivo para todo el continente? No te entiendo Malledos.

-No tenemos tiempo –dijo el maestre-. Vuestra vida corre peligro en la ciudad. También la de vuestros hermanos ¿Dónde está Ehon? Vino a verme muy temprano pero no sé dónde se pudo meter ese chico, lo he mandado buscar…

-Alto, alto, alto –Alisse no comprendía las palabras del mentor-. ¿Cómo que mi vida corre peligro?

-Sí, mi señora.

-Pero ¿Por qué? –Alis tenía el rostro cargado de preocupación.

Al igual que Ehon, la princesa sabía que si el maestre decía algo estaba siempre en lo cierto. No era un hombre que vacilaba con la información, servía a Athalay y debía hacerlo con dignidad.

-Mi señora, acompañadme mientras os lo cuento –dijo el viejo Malledos abriendo la puerta de la habitación.